



"Angeles y solitarios"

(Novela. Edit. Planeta, autor Ramón Díaz Eterovic)

Juan Micheluzzi (*)

Hay dos mundos -el mencia- que se superponen: el de las apariencias, el situado tras el tenue y sutil barniz de lo convencional, y el otro, el que anidado en una profundidad paralela controla, mide, pulsa y regula la apariencia. Se trata de realidades que, paradójicamente superpuestas, avanzan por carriles que se tocan cuando es necesario, pero que se ignoran habitualmente.

Ya Oscar Wilde señalaba que "quien asume el riesgo de las profundidades asume su propio riesgo". Seguramente vinculaba ese espacio secreto, íntimo y cernicaco que todo ser anicia en lo profundo con la humana necesidad de correr aceder a él traspasando volutivamente el límite opaco y gris de la cotidianidad, de lo rutinario y efímero, de lo que -en definitiva- nos hace creer que vivimos cuando apenas si rumiamos una sobrevivencia abúlca y carente de intensidad.

Si aquella necesidad interna y natural de todo ser humano, sensible, sumamos el desencanto epocal, la tragicomedia de una historia nacional que, más que avanzar, se equilibra y acomoda con ensauando la vida y dirigiéndola, si a un ser humano condenado a la perpetuidad de la cerra y aferrado a la nostalgia de un igualmente demetado romántico y defasado individuo de fin de siglo, le oponemos además la asfixia de una sociedad inmisericorde en su hipocresía y cinismo,

debaténdose en la suma de conflictos que procura ignorar, si a ese ser humano en definitiva, lo asumimos y nos hermanamos con él, es posible el objetivarlo y darle cuerpo: Heredia.

Heredia, a secas, detective privado, real o supuesto, que anclado en nuestra propia necesidad vital de héroes que nos salven de esta soledad compartida, asoma en esta novela como un "solitario" más ávido de encontrar una o más razones que justifiquen, no solo su existencia, sino la nuestra.

En la trama de "Angeles y Solitarios" subyace una visión de mundo desencantada, apócrifa y triste que pareciera determinar los pasos de Heredia. No se trata únicamente de un investigación semipolicial donde confluyan ciertos vicios del llamado mundo moderno: narcotráfico, elaboración de armas para guerras que vemos por televisión o conciliabulos políticos y militares. No. La novela de Díaz Eterovic de nuevo, como en otras de la serie (La ciudad está triste, Solo en la oscuridad y Nadie sabe más que los Muertos) nos atrae y subyuga -principalmente- por esa necesidad vital del personaje central de no sucumbir junto al mundo que se desploma.

Puede parecer extraño que un detective de segundo orden, apegado a las citas literarias, conocedor de Borges o Neruda, se niegue a ser parte de un sistema que detesta y que, sin embargo, o susienta. Pero, si

bien la historia (o las historias) que se ligan y entrecruzan otorgan un impresión de demota anticipada, lo que entomece -si cabe el término- al lector es esa porfiada obstinación de Heredia en mirar como de soslayo el alma humana destruida y destrozada tras el barniz vacuo del formalismo rampón.

Heredia luego, no es sólo un investigador privado. No es sólo un individuo desencantado socialmente. Es eso, es cierto. Pero, vitalmente es un hombre que necesita amar aunque lo niegue, que teme al temor y lo asume, que no quiere soñar y que sueña. Y además, que evidencia una pasión casi otohal por ciertos principios y valores que hoy nos parecen de antología: Heredia es capaz de querer fraternalmente y asumir que la vida o la muerte de un amigo gatilla interiormente su solitaria soledad.

Por lo mismo, Heredia reitera en esta historia, parte de su propia historia anterior: el mundo de afuera no tiene mucho sentido y el que subyace, siniestro y atroz, determina su cárcel personal de la que no es fácil salir por su mera y simple voluntad. Por eso también su "gethino" individual y rayano en la triste hermosura de los aeres solitarios tiene, a pesar de todo, su propia esperanza. Como en los rezos infantiles, Heredia evoca sin saberlo a su propio angel de la guarda vestido como una joven mujer que surge de la nada para salvarlo de la única for-

ma que es posible salvar a quien se hunde: amándolo.

Y esto que pudiera sonar a cursi o novela rosa tiene un sello distintivo que lo distancia alderalmente de lo banal: es la esperanza, coida y triste, refaccionada de ironías y frases oblicuas e hirientes pero que también pluzan nuestra propia vergüenza subsumidos en un mundo de mentira.

Y si a alguien le interesa la verdad, y si se preluende que el pasado sea más que un sentimiento, la lectura de "Angeles y Solitarios" sacudirá, sin duda, nuestros restos de conciencia personal.

Después de todo, Heredia sigue confiando más en su gato Simeon que en los días venideros. Pero, aún así, porfiadamente sigue rasgando el velo sutil que separa nuestros mundos: el real y profundo al que se accede asumiendo el propio riesgo personal, y ese otro, conformista y vacuo que nos representa la existencia como una pantalla ajena, asaltánconos con indiferencia en la comodidad de nuestro hogar o en la asfritante rutina de un trabajo sin expectativas de una sociedad moribunda.

Heredia está detrás de esa sociedad envilecida. En su causa misma, no en su efecto. Eso lo salva y lo eleva a la categoría de héroe que ofesco, a esa parte inviolable-esperamos- de nuestro ser, que con él se niega a sucumbir en la indiferencia de un mundo individualista y aereo.

(*) Abogado

"Angeles y solitarios" [artículo] Juan Mihovilovic.

Libros y documentos

AUTORÍA

Mihovilovic, Juan, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Angeles y solitarios" [artículo] Juan Mihovilovic.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile